REVISTA DEL CENTRO DE LECTURA

Cuarta época

Reus, abril de 1960

Núm. 94

Director: Sr. Presidente del Centro de Lectura

Depósito Legal - T. 20 - 1958

SUMARIO: «Ahorro positivo, negativo y neutro - x», por AUGUSTO MERCADE. — «Libros», por G. R. — «Cusiné: Místico y solitario», por ARMANDO GALAN MORO. — «La Ermita del Rosario», por J. BESORA BARBERA. — «Actividades del Centro». — «El cuento y la literatura de Cordel», por JUAN AMADES. — «Servicio Metereológico» y «Biblioteca. Estadística Mensual».

Ahorro positivo, negativo y neutro - x

Finalizamos el precedente artículo examinando algunas de las dificultades que existían para combatir el «ahorro excesivo», causante de las crisis. Estas dificultades son intrínsecas del mecanismo del ahorro. Porque ahorrar, en el sentido de gastar menos de lo que se ingresa, entraña, en principio, «huelga de compras», lo que conduce a la acumulación de stocks y a la crisis, y esta es, precisamente, la primera fase, necesaria e inevitable, del mecanismo del ahorro, con lo que *el ahorro se inicia por una primera fase siempre negativa*.

Cuando el ahorro, en ulterior fase, se transfiere, depositándolo en Bancos, Cajas de Ahorros o prestándolo a terceros, la «huelga de compras», que siempre en principio efectúa el ahorrador, puede quedar contrarrestada por las compras que efectúen los ulteriores perceptores de sus ingresos:

a) Si éstos los gastan, el ahorro de los ahorradores quedará socialmente anulado por el desahorro de los prestatarios. Subsistirá un crédito, directo o indirecto, de los ahorradores contra los deudores, representativo de aquel ahorro, pero en realidad éste habrá desaparecido. Ahorro compensado por desahorro, o ahorro de unos prestado a y gastado por otros, implica sobre la producción una *acción neutra*: ni huelga de compras, ni incremento de riqueza. Neutra porque, sin aumentar la riqueza, no disminuye ni interrumpe la continuidad de la producción.

b) Si los ingresos transferidos por los ahorradores se invierten voluntariamente en compras de bienes que *NO* se consumen, aumenta la existencia de estos bienes y con ellos la riqueza. Y su compra posibilita que prosiga la producción de bienes similares. Subsiste también el crédito del ahorrador contra el deudor, pero éste posee en contrapartida la nueva riqueza real acumulada. El ahorro que deriva a inversión incrementa, pues, la riqueza real: es la *acción positiva* del ahorro, la de incrementar la riqueza. La incrementa, no por el simple hecho de conservar una riqueza que ya existía, —porque el comprarla presupone su previa existencia—, sino porque la compra posibilita la continuidad de la producción de nueva riqueza similar acumulable.

c) El ahorro puede no transferirse, reteniéndose en efectivo, atesorando. En este caso, los ingresos desdoblados por la producción, atesorados, no se presentarán a compras, y su contrapartida en stocks quedará invendida: tendremos huelga de compras y acumulación involuntaria de stocks, lo que conduce a la crisis. Es la *acción negativa* del ahorro que, a través del atesoramiento, se es-

tanca en su primera fase siempre negativa. Negativa porque interrumpe la continuidad de la producción, contrayéndola.

Pero este aspecto negativo puede también darse en el ahorro transferido: cuando se aplica a financiar stocks que se acumulan involuntariamente, a consecuencia precisamente de un exceso de ahorro; o cuando se aplica a substituir créditos precedentes, encogiendo el volumen de crédito bancario puesto en circulación. En ambos casos, el ahorro transferido hace igualmente «huelga de compras». Por lo que, insistimos, no puede darse por seguro que el ahorro transferido se transforme siempre en neutro o positivo, pues puede degenerar en negativo.

La acción del ahorro sobre la producción y la riqueza puede ser, pues, *neutra* (ahorro neutralizado por desahorro), *positiva* (cuando se invierte y aumenta la riqueza) o *negativa* (huelga de compras y crisis).

* * *

La teoría económica clásica daba por supuesto que todo el ahorro se invertía, es decir, suponía tácitamente que todo el ahorro era siempre positivo, y de ahí su apología incondicional del ahorro como base del progreso económico. Ignoraba la posible existencia del ahorro negativo —ahorro que voluntariamente no se invierte ni se gasta— y que, en lugar de aumentar, contrae la producción y la riqueza, provocando subconsumo. Por ello, la teoría clásica no acertaba a dar una explicación lógica de las crisis económicas. *No puede, pues, razonablemente, hacerse hoy la apología o la detracción indiscriminada del ahorro. Podemos y debemos mostrarnos entusiastas del ahorro positivo, que conduce a la prosperidad, pero adversarios del ahorro negativo, que aumenta la pobreza. Y creemos que el secreto del progreso económico estriba, sencillamente, en conseguir desterrar el ahorro negativo y saber fomentar el ahorro positivo.*

Otro problema importante típico del mecanismo del ahorro: el ahorrador ahorra para disponer en un futuro de sus ingresos, por lo que, en muchos casos, no le interesa renunciar a su disponibilidad. Es decir, *ahorrar implica disponibilidad, pero la disponibilidad del ahorro es repudiada por nuestro sistema económico, porque el ahorro disponible es negativo.* ¿Cómo aunar, pues, la disponibilidad, deseada por los ahorradores, con la inversión, impuesta por el sistema económico y que implica la pérdida de la disponibilidad? Esta es la importantísima misión del sistema bancario: los ahorros «depositados» en Bancos o Cajas de Ahorros no quedan allí realmente «depositados» esperando que vayamos a retirarlos: son prestados a terceros para que los gasten o los inviertan, sin que sea obstáculo para que podamos disponer de ellos en el momento que nos acomode porque no todos coincidimos en retirar al mismo tiempo nuestros saldos y, en la práctica, resulta suficiente un irrisorio porcentaje de disponibilidad de los mismos para darnos la sensación de una disponibilidad constante y general. Con ello, *los Bancos hacen compatible en elevadísimo grado la disponibilidad con la inversión, creando, con una mínima inmovilización de efectivo, una liquidez o disponibilidad que es suficiente para todos en conjunto, pero que no lo sería si cada uno quisiésemos asegurárnosla individualmente.* Algo similar podría decirse del sistema bursátil, que posibilita la inversión a largo plazo (que los emisores de valores harán probablemente efectiva invirtiendo los préstamos en bienes reales), sin que los ahorradores o sus depositarios renuncien completamente a una disponibilidad que pueden recuperar con relativa rapidez, a un precio u otro, mediante la venta de los valores mobiliarios en un mercado creado a este fin. *De manera que, sin los sistemas bancario o bursátil, solo atesorando podríamos aborrazar conservando la disponibilidad, y como que el atesoramiento es ahorro negativo, todo incremento colectivo del ahorro implicaría, no la posibilidad de un mayor*

progreso económico a través de una mayor inversión, sino la seguridad de una nueva depresión por mayor subconsumo. Los sistemas bancario y bursátil tienen, pues, la virtud de transformar ahorro que sería negativo en neutro o positivo.

Sorprende observar el lento progreso económico de la humanidad durante tantos siglos y su rápida expansión en estos dos últimos. Y es que en el pasado, ahorrar consistía predominantemente en atesorar, ahorro negativo que era el culpable de aquel lento progreso. *El reciente y continuado progreso económico de la humanidad se debe a una mejor superación del ahorro negativo, gracias a los sistemas bancario y bursátil que facilitaron el enlace ahorro-inversión sin menoscabo de cierta disponibilidad.* De manera que todos los progresos técnicos de que nos enorgullecemos, el enorme incremento de las inversiones y la constante mejora del nivel de vida, habrían quedado ahogados sin este perfeccionamiento del mecanismo ahorro-inversión que, en esencia, posibilita la transformación del ahorro negativo en neutro o, mejor, en positivo. No hemos hallada formulada esta teoría de que la lentitud del progreso económico sea debida al ahorro negativo; y es lógica, porque sin demanda y sin inversión, factores ambos que disminuye o anula el ahorro negativo, no es posible tal progreso. Pero a pesar del avance conseguido, el sistema aún no es perfecto, porque todavía existe ahorro negativo. Y el atraso de muchos países, como el nuestro, guarda relación con el grado en que subsiste tal ahorro, sin el cual no existirían las crisis. Y de su mayor eliminación depende el futuro progreso económico.

* * *

Si nuestro objetivo lo constituyese el aspecto positivo del ahorro, por ejemplo, aumentar su volumen, existe un procedimiento mejor que tratar de inducir a la gente a que ahorre más o a que gaste menos: es el de influir sobre el aumento de las inversiones. Porque ahorro, en su sentido positivo de aumentar la riqueza existente, implica automática inversión. En realidad, ahorro positivo e inversión se refieren a un mismo fenómeno: inversión, al aspecto real de la creación de riqueza: ahorro, a su aspecto nominal, o al desdoblamiento dinerario derivada del acto de producción de los bienes de inversión. Ya sabemos que no es éste el sentido con que concebimos el acto del ahorro: porque lo concebimos como una abstención de gastar y no como una consecuencia de la producción de los bienes que se ahorran, es decir, de los bienes que, producidos, no se consumen. Pero a pesar de estar generalizada la primera creencia, *es en el acto de la producción donde tiene realidad la génesis del ahorro.* Solo la producción es creadora de riqueza. El ahorro, inhibición de gastar, no la crea: puede conservar la ya creada, menos cuando por su acción negativa la destruye o, mejor dicho, imposibilita que nuevas producciones prosigan en su creación, lo que es equiparable a destrucción. En realidad, el ahorro está sujeto al ciclo productivo: una producción genera ingresos, estos ingresos posibilitan su compra, la compra estimula su reposición y da lugar a una nueva producción con nuevos ingresos. Compramos con los ingresos procedentes de una producción pretérita o presente, pero esta compra posibilita la producción futura. Pero si los ingresos generados por la producción se estancan en ahorro de fase negativa, sin revertir a compras, este ahorro no crea riqueza, sino que interrumpe el ciclo productivo y disminuye la creación de nueva riqueza consumible o acumulable.

En definitiva, en el proceso positivo ahorro-inversión. lo substancial es el acto de producción de los bienes de inversión; y el ahorro es su consecuencia obligada o su doblaje nominal, es decir, que el ahorro depende siempre de la inversión. Insistimos sobre este particular porque los economistas, en general, tienden a conceder al ahorro la máxima jerarquía, subestimando la inversión,

y considerando que ésta depende de aquel, cuando es al revés. Keynes, sin embargo, en su Teoría General, ya se dió cuenta de la supeditación del ahorro a la inversión, cuando considera el ahorro como un residuo de aquella, porque escribe: «El excedente del ingreso sobre el consumo, al que llamamos ahorro, no puede diferir de la adición al equipo productor, al que llamamos inversión. Lo mismo pasa con el ahorro neto y la inversión neta. El ahorro, de hecho, no es más que un simple residuo. Las decisiones de consumir y las decisiones de invertir determinan conjuntamente los ingresos. Suponiendo que las decisiones de invertir se hagan efectivas, una de dos, o restringen el consumo o amplían el ingreso. De este modo, ningún acto de inversión puede evitar que el residuo o margen, al que llamamos ahorro, deje de aumentar en una cantidad equivalente».

Si, como hemos afirmado, el ahorro colectivo no depende de los esfuerzos para ahorrar de la gente, porque si son excesivos quedarán frustrados por el subconsumo que provocarán y la consiguiente crisis; y si, aunque la gente no quiera ahorrar, con tal de que se invierta, esta inversión provocará ahorro en algún punto del sistema económico, es evidente que tienen que ser más eficientes los intentos de influir sobre el ahorro a través de la inversión, que además es algo real y tangible, que sobre el ahorro, algo muy incontrollable y con posibles efectos negativos. E influyendo sobre el volumen de las inversiones, se influyen automáticamente, y más positivamente, sobre el volumen del ahorro que pretendiendo actuar directamente sobre éste.

Pero con estas consideraciones no tenemos enfocado el problema principal: hemos abordado el aspecto positivo del problema del ahorro, pero para nuestro ensayo tiene mayor importancia su aspecto negativo. Aún dando por supuesto que puedan adoptarse medidas eficientes para influir sobre el volumen de las inversiones y, por consiguiente, sobre el volumen del ahorro, se dispone, sin duda, adoptándolas, de un medio para contrarrestar en cierto grado un período de depresión y mejorar la situación económica. Pero ésto no es en sí mismo una solución definitiva o a largo plazo de nuestro problema principal: porque las inversiones, especialmente la mayoría de las empresariales, que se mueven por factores de lucratividad, no podrán proseguir indefinidamente, mejorando la situación económica y el bienestar general, de no existir demanda efectiva suficiente para absorber los incrementos de producción y de servicios que de ellas deriven. Es decir, una crisis, que siempre es consecuencia del ahorro excesivo transformado en negativo, puede ser contrarrestada aumentando las inversiones, ya que el aumento de éstas puede absorber el exceso de ahorro. Sin embargo, más inversiones productivas significan más producción y más ingresos, pero si la gente, en su deseo de ahorrar, renuncia a aumentar su consumo aunque aumenten sus ingresos, llegará el momento en que la producción sobrepasará la demanda, por existir nuevamente tendencia excesiva al ahorro, y no podrá evitarse el estallido de la crisis. Porque el ahorro canalizado hacia la inversión productiva tiende a actuar en un doble sentido: como ahorro, a restringir el consumo, y como inversión, a aumentar la producción: contrapuestas tendencias que conducen al desequilibrio, que es la crisis. Keynes creyó que las crisis podría evitarse estimulando las inversiones: pero no consideró esta importante realidad de que las inversiones productivas tienen un límite.

Cuando se llega a este límite no es ya solución aumentar las inversiones productivas excepto si éstas pueden realizarse en el extranjero. *La solución ha de consistir en aumentar el consumo o las inversiones improductivas.* Y si no hay medio de conseguirlo, tampoco habrá medio de evitar la crisis. Y con ella se perderán, sin beneficio para nadie y con perjuicio para todos, una parte importante de la producción y del consumo que el sistema económico está en situación de ofrecer, con la consiguiente absurda y tácita renuncia colectiva a la posible mejora del nivel de vida. Y aún, por renunciar a esta mejora, la

crisis, por su carácter acumulativo, se encargará incluso de reducir el nivel de vida ya alcanzado.

En resumen: *el progreso económico solo se obtuvo en el pasado, y solo se obtendrá en el futuro, en la medida en que se consiga mejorar la eliminación del ahorro negativo y fomentar el ahorro positivo.* Transitoriamente, aumentando las inversiones, puede neutralizarse el ahorro negativo. Pero el aumento de las inversiones y el de la producción que de ellas se derive, aumentará también los ingresos, y si subsiste la propensión excesiva al ahorro, resurgirá nuevamente el ahorro negativo con lo que la producción volverá a sobrepasar la demanda. Entonces el ahorro negativo solo podrá ser contrarrestado aumentando el gasto o las inversiones improductivas, de lo contrario se interrumpirá el progreso económico y se reducirá el nivel de vida ya potencialmente alcanzado.

Augusto Mercadé.

LIBROS

»Anales Históricos de Reus desde su fundación hasta nuestros días», de Andrés de Bofarull y de Brocá.

Editado por «Rosa de Reus», y satisfaciendo numerosos ruegos, ha aparecido el tomo primero de los Anales de Bofarull. Dicho libro alcanza, con ésta, su tercera edición.

Los motivos que han impulsado a la Asociación de Estudios Reusenses a publicarlo de nuevo son, además del anteriormente citado, la falta de una obra de conjunto sobre nuestra historia local, el deseo de rendir homenaje a un reusense ejemplar y de destacar los valores locales.

Es obvio que cualquier comentario, salvo si estuviera muy bien documentado, sobre esta conocida obra, resultaría pedante, principalmente tras el excelente estudio de Joaquim Santasusagna sobre las letras locales en el que se dedica un espacio al libro de que se trata: «Pocs pobles poden venar-se, ni àdhuc els que són superiors a Reus en estirp i en efemèrides assenyalables, de tenir una història escrita com la que Andreu de Bofarull dedicà a la seva població. Andreu de Bofarull, amb la seva obra, forní als seus conciutadans un blasó en forma de llibre i a Catalunya una col·laboració en la seva història. La cronologia política de la ciutat, la de les seves institucions i règims, la de la seva economia, la de la seva cultura, la dels seus monuments, i cases, la dels seus costums i homes, tot s'enllaça amb la història general del país, i es presta un bon servei en estudiar-ho com féu Bofarull».

Como defectos principales señala los siguientes: «L'obra ofereix llacunes, a vegades es contradiu i no fa encaixar sempre els esdeveniments locals amb els generals de Catalunya».

G. R.